

## **Juan 16:23-28**

“En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo que todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo. »Estas cosas os he hablado en alegorías; la hora viene cuando ya no os hablaré en alegorías, sino que claramente os anunciaré acerca del Padre. En aquel día pediréis en mi nombre, y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo y regreso al Padre.” (Juan 16:23–28)

Hay mucha confusión acerca de la oración. No todo lo que los hombres suelen llamar oración es visto así por Dios. Para hacer oración aceptable a Dios, tiene que llenar ciertos requisitos. La oración que no es conforme con la instrucción del Señor no es algo grato a él, sino una abominación. Pero la verdadera oración es algo que agrada a Dios, un dulce olor que sube como el incienso al mismo trono del Padre celestial. ¡Qué importante, entonces, aprender de Cristo acerca de la oración al Padre celestial, para que nuestras oraciones sean gratas y aceptables delante de Dios! Anímense a orar, entonces, en primer lugar porque el Padre mismo les ama, y luego, porque Dios promete oír y contestar cada verdadera oración.

Tal vez el primer y más grande obstáculo a nuestra vida de oración es la falta de confianza en el amor de Dios. Pensamos, ¿por qué debe el gran Dios ocuparse con mis problemas y mis tentaciones? O sentimos nuestro pecado e indignidad y nos convencemos de que Dios no los escuchará. ¡Qué alentadoras las palabras de Jesús, entonces, de asegurarnos que el Padre mismo nos ama!

Pero eso es lo que es tan difícil de creer. ¿Cómo puede amarnos tanto el Padre? Y tenemos que decir que si fuera cosa de nuestros méritos, de ganar ese amor del Padre, no habría ese amor. Nosotros somos pecadores. Hemos ofendido mil veces contra Dios, y merecido solamente su ira ¡Qué grandes obstáculos para la oración encontramos en nuestras vidas! En vez de corazones puros encontramos corazones llenos de envidias, de enojos contra el prójimo, de deseos ilícitos, de codicias. Y así somos por naturaleza. De modo que, en vez de

amor, San Pablo dice que éramos por naturaleza hijos de la ira. Nuestro pecado nos puso bajo la ira de Dios, y nos hizo enemigos de Dios. La razón por la cual esperamos ser oídos por Dios nunca puede ser que nosotros seamos tan buenos como para merecerlo, entonces. Tiene que haber otra razón completamente, y Cristo nos da otra razón. Nos dice que el Padre nos ama porque amamos a su Hijo. Nos animamos a orar, entonces, no por algo que haya en nosotros, sino por nuestra relación con el Hijo de Dios. ¿Qué significa amar a Jesús? El que ama a Jesús es el que cree que vino para ser su Redentor. Esto es lo que Cristo dice: "El Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre".

Cristo es, entonces, el que salió de Dios. Había estado con Dios Padre desde la eternidad, pero por compasión a los seres humanos perdidos salió de su gloria celestial para tomar la forma de un siervo. Se hizo hombre, para cumplir con la justicia en lugar de los hombres, y luego, cargado de los pecados del mundo, morir en la cruz, expiando los pecados del mundo, proveyendo perdón y perfecta justicia a todos los pecadores. Volver a su Padre significa haber cumplido su obra de redención de los seres humanos, de modo que el que cree que Jesús vino de Dios, que es su Redentor que ha quitado y borrado sus pecados, tal persona en efecto es libre de sus pecados, y goza de una perfecta santidad delante de Dios, por la fe en Cristo, no por lo que es en sí. A la persona que tiene tal fe, el Padre mismo lo ama, y está listo para escuchar todas sus oraciones.

¡Qué gran ánimo y estímulo eso debe darnos para acercarnos con confianza al trono celestial, porque no nos estamos acercando a alguien que está lejos de nosotros, ni de acceso difícil! No tenemos que entrar con temor y temblor, dudando si seremos aceptados. Todo lo contrario. Vamos al Padre, el Padre de nuestro Señor y hermano Jesús. Vamos a nuestro Padre, que nos ama, y que se deleita en la comunión de sus hijos. Pero desea que nos acerquemos, y nos recibirá con todo gusto. El único impedimento que vedara el camino al trono de Dios fue nuestro pecado, pero Cristo con su muerte en la cruz ya ha quitado ese obstáculo, de modo que el Padre nos espera con los brazos abiertos, para que nos acerquemos como los hijos amados a su Padre amoroso.

II. Así nos acercamos al Padre en oración también animados por la promesa explícita de Dios de oír y contestar toda verdadera oración. Cristo mismo nos instruye acerca de las oraciones que serán aceptables delante del Padre celestial.

El padre desea en primer lugar que nuestras oraciones sean hechas directamente a él. No hay necesidad de toda clase de mediadores que hagan más aceptables nuestras peticiones. No tenemos que acudir a santos, ni ángeles, ni sacerdotes o pastores para hacer aceptables nuestras oraciones. Cristo ha abierto el camino directo al corazón del padre amoroso para todo creyente. De hecho, es una ofensa contra la bondad y amor de este Padre benigno pensar que tenemos que tener otros intercesores para suavizar el corazón de Dios y hacerlo más presto a escuchar nuestras necesidades, como si el Padre fuera duro de corazón y que tenía que ser ablandado por otros más dignos que nosotros. Cristo ya ha ablandado el corazón del Padre. ¿Y no lo hemos escuchado? "El padre mismo os ama". Así que, confiadamente nos acercamos al trono del Padre de misericordia, exponiendo todas nuestras necesidades, y con la confianza de que seremos aceptables y escuchados.

Nuestras oraciones deben hacerse en el nombre de Jesús. Eso no quiere decir que tengamos que decir en cada oración: "Te lo pido en el nombre de Jesús". Significa más bien que vamos con la confianza de que Dios escuchará nuestras oraciones y atenderá a nuestras necesidades solamente porque Jesús ya quitó la barrera de nuestro pecado. Orar en el nombre de Jesús significa que oramos como los que somos en verdad "hijos de Dios por la fe en Jesucristo". Y si somos hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo, miembros entonces de la familia del Padre de amor. Significa confiar que tenemos acceso al Padre sólo por la muerte de su amado Hijo Jesucristo, sacrificio que Cristo hizo en beneficio de nosotros.

Pero orar en el nombre de Cristo también implica que lo que pedimos será algo con que podemos unir el nombre de Cristo. Que será una oración que se hará en sumisión a la benigna voluntad de Dios. No insistiremos egoístamente en nuestra propia voluntad cuando se hace evidente que conceder tal petición nos haría daño espiritual, y amenazaría con apartarnos de la comunión con él. Por eso, en cuanto a las cosas materiales, siempre incluimos el pensamiento, no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres. Tal fue la actitud en oración de Cristo mismo,

como se ve en la escena en el huerto de Getsemaní. De otra manera, nuestras oraciones pueden ser emprendidas como en Santiago: "Pedís, y no recibís porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites". Santiago 4:3.

Pero eso no quiere decir que siempre debemos estar en dudas acerca de si Dios nos escuchará. "Pero pide con fe, no dudando nada, porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por un viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor". (Santiago 1:6-7)

Al contrario, debemos orar con toda confianza. En fin, tenemos la promesa de Cristo mismo, en la afirmación solemne: "De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará... Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido". En la faz de tan claras e infalibles promesas, es evidente que no confiar en que Dios nos escuche es una gran ofensa contra la fidelidad de Dios. Y sin embargo somos débiles, y dudamos. Oremos, por tanto, como el centurión: Señor, creo, ayuda mi incredulidad.

Ni todas las experiencias que parezcan contradecir deben apagar nuestra fe. Sabemos que Dios nos escucha, y que aún cuando no recibimos exactamente lo que pedimos, todavía tenemos confianza de que Dios nos escucha y contesta en su amor.

Siempre dará lo mejor. No siempre lo que yo pienso en el momento que sea lo mejor, sino lo que realmente es lo mejor para mí y para mi bienestar eterno. El Padre contesta según su amor, pero también de acuerdo con su sabiduría divina.

Siempre dará en el momento más oportuno. Otra vez, no siempre según el momento que yo en mi impaciencia pienso que sea oportuno, sino en el momento en que Dios mismo logre su propósito amoroso en mí.

Para finalizar, escuchemos a Martín Lutero: "Nadie puede concebir del poder de la oración excepto el que lo ha probado y aprendido por experiencia. Pero es cosa asombrosa que el hombre que se enfrenta con una gran calamidad puede inmediatamente clamar al Señor. Eso yo lo sé. Siempre que he orado fervientemente acerca de un asunto que me preocupa profundamente, ha sido abundantemente contestada y he recibido más de lo que he pedido. A veces Dios ha tardado, pero siempre ha llegado. ¡Qué cosa tan grande es la oración ferviente

del verdadero cristiano! ¡Cómo prevalece con Dios, que un hombre humilde pueda hablar con la alta Majestad celestial y no tenerle miedo, sino saber que Dios sonríe benignamente sobre él por amor de Jesucristo su amado Hijo, nuestro Señor y Salvador! El corazón y la conciencia no tienen que retroceder y huirse. No necesita estar en dudas a causa de su indignidad, no necesita estar con miedo, sino puede creer con absoluta certidumbre que nuestras oraciones siempre son contestadas cuando oramos confiando en Cristo". ¡Qué oremos todos con esa confianza! Am n.